

Toni Morrison, letras con alma

Edgar Esquivel



Toni Morrison (Lorain, Ohio, 1931) despliega en *Sula* la historia de una amistad, la de Nel Wright y Sula Peace, *tan intensa como repentina*. Desde pequeñas se conocen, se unen a partir de sus diferencias y las carencias afectivas que el azar de la vida les ha asignado como un tributo primigenio; y de la misma forma en que van tejendo a cuatro manos fragilidades y promesas, sus acciones terminarán por evidenciar, una sobre otra, despojos y ambiciones. La aventura es propia de Sula, y el recato de Nel; sin embargo, por mucho que se hubieran necesitado, o que los sueños inherentes a la edad de la ilusión fraguaran una afinidad cómplice y competitiva, tan dramática como perversa, prevalece entre ellas el oscuro deseo, ese que da rienda suelta al espíritu de la afrenta y el resentimiento en los lugares donde se asienta la pobreza y la marginación. Huele a envidias inocentes, a traición y celo, pero no parece haber muchas alternativas en ese limitado mundo, o quizás, en realidad, es algo más profundo: la miseria —material, espiritual— no es exclusiva de un color de piel, al igual que la misericordia no surge por consigna, por tanto, la convivencia cruda, cotidiana, de dos pequeñas —dos mujeres— que no tienen nada que ocultar, porque nada poseen, da lugar a una convivencia que perturbará los extremos sutiles del alma.

Esa amistad tiene un paisaje, un tiempo y otros cuerpos, un final subyugante y una raíz —cada una *encontró en la mirada de la otra la intimidad que estaba buscando*—, la punta de una madeja convulsa y entrañable. Los personajes de Morrison reivindican su presente y realidad, no hay vanas pretensiones ni ejercicios místicos que busquen infructuosamente la reden-

ción promiscua con el afán de que alguna deidad se apiade, por oficio, de sus lamentos. De pronto, como la relación intempestiva de Sula y Nel, sentimos cercanas a esas creaturas a través de las cuales la autora de *Beloved* y *Ojos azules* recrea momentos álgidos de lo que pudo ocurrir en cualquier comunidad afroamericana de Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX, pueblos históricamente sometidos y segregados, que no abjuraban de matices propios, de luces y sombras —*las gentes de las casas del valle a veces podían escuchar cantos, a veces algún banjo*.

Todo pasa en la comunidad negra de Medallion.

—¿Ves esas colinas? Esas son tierras del fondo, ricas y fértiles.

—Pero están en lo alto de las colinas —protestó el esclavo.

—En lo alto para nosotros —dijo el amo— pero, para Dios, que las contempla desde arriba, ése es el fondo. Por eso las llamamos así. El fondo del cielo, las mejores tierras que existen.

En el “Fondo”, un poblado de Ohio, los comportamientos de sus habitantes no se producían en blanco y negro. La historia de Eva, la abuela de Sula, bien podría pertenecer a alguna especie de arquetipo, sobre todo cuando su hijo menor, Plum, ha vuelto a casa después de la guerra. Eva no tiene una pierna y vive en un primer

piso todo el tiempo; a su manera deja pasar las aprehensiones, quizás es feliz, pues no ha tenido que cargar con el exceso de las pasiones; es una mujer sabia, pero no se empeña en serlo. Pero el pequeño Plumb nunca más fue el mismo a su regreso, algo faltaba o sobraba, y aunque su sonrisa era más dulce, se comportaba extraño, no comía, no trabajaba y a veces robaba, se encerraba en su habitación por horas, oyendo música; para sus hermanas comenzaba a ser un dilema y en una ocasión descubrieron la cuchara doblada, ennegrecida de tanto calentarse. Una noche, Eva decidió bajar de su piso —nunca lo hacía— para ver a su hijo. Plumb estaba completamente evadido, tendido en su cama, ella se acomodó junto a él y lo abrazó, como cuando era pequeño, *habló con voz amorrosa y divertida, se rió por lo bajo, como si acabara de oír un chiste, Eva lo abrazó más fuerte y empezó a mecerlo*, mientras lo sostenía ella recordaba momentos de cuando era pequeño, cómo se reían juntos. Instantes después de que Eva abandona la habitación de Plumb, esta ha quedado cerrada con llave, y en un imprevisto instante de fulgor, arde en llamas. ¿La madre prendió fuego a su hijo? No es, por supuesto, una escena de purificación. A Toni Morrison le gusta quitar las tiritas para que se vean las cicatrices de la sociedad, la realidad, de igual modo dice que no hay que tener miedo de mirar al pasado porque sólo así se sabe quiénes somos. Sus historias, como en *Sula*, no sólo apelan a la memoria, sino al hecho de que el sinónimo de verdad es cotidianidad, un olvido pausado y sordo.

Bonito llanto —largo y sonoro— pero sin fondo y sin superficie, sólo círculos y círculos de dolor. **U**